TODO LO QUE DEJAMOS ENCENDIDO

Por Brad Oskar Silva Conchucos, ganador en la categoría de menores en castellán

Día uno

El apartamento olía a cerrado. Daniel abrió la ventana de la cocina y se quedó mirando el patio interior, las sábanas de alguien colgadas en el tercer piso, inmóviles porque no había viento. En el patio de abajo, un chico joven fumaba sentado en el escalón del portal trasero, con los auriculares puestos. Levantó la vista un momento y Daniel tuvo la sensación breve e incómoda de estar mirándose a sí mismo desde lejos. El chico bajó la vista. Tenía esa forma de estar quieto que tienen las personas que acaban de discutir con alguien.

Escuchó la llave de Martín en la cerradura y no se movió del sitio.

– Hola – dijo Martín desde la entrada.

– Hola – dijo Daniel.

Martín dejó la maleta junto a la puerta. Era pequeña, de fin de semana, azul marino con una rueda que arrastraba torcida. Daniel lo observó desde la cocina. Martín llevaba una chaqueta que no le había visto antes y eso, por alguna razón, fue lo primero que registró.

– ¿Cuánto tardaste? – preguntó Daniel.

– Cuatro horas. Había obras en la autopista.

– Siempre hay obras.

– Sí.

Martín se adentró en el pasillo. Se detuvo frente a la puerta del cuarto de su madre, entreabierta, y no entró. Siguió hasta el salón. El televisor estaba encendido, con el volumen bajo, emitiendo un programa de cocina que nadie miraba. Una mujer explicaba cómo hacer algo con hojaldre.

– ¿Lo dejaste tú encendido? – preguntó Martín.

– No. Estaba así cuando llegué.

Martín encontró el mando entre los cojines del sofá y lo apagó. El silencio que vino después era más denso, como si el televisor hubiera estado haciendo algo útil.

Se sentaron. Daniel había traído café en un termo y sirvió dos tazas. La taza de su madre, la que tenía el asa pegada con cola, estaba en el fregadero. Ninguno la usó.

– ¿Empezamos hoy? – preguntó Martín.

– Podemos empezar mañana. Hoy solo ver qué hay.

– Bien.

Bebieron el café. Por la ventana del salón se veía la calle, un semáforo, una farmacia con el letrero encendido, aunque todavía era de día. Los domingos que Daniel venía a comer, su madre terminaba de preparar algo en la cocina y le pedía que pusiera la mesa. Él miraba esa misma vista desde ese mismo sofá mientras esperaba.

– ¿Cómo está Elena? – preguntó Daniel.

– Bien. Manda recuerdos – Martín dio un trago al café –. Sofía ya va al cole. Le compramos la mochila más grande que encontramos y aun así le queda enorme.

– Qué rápido.

Daniel no añadió nada. Martín tampoco. Fuera, alguien cruzó la calle sin mirar el semáforo.

No había visto a Sofía desde que tenía año y medio. En la última fotografía que Martín le había mandado, la niña estaba sentada en una escalera con un helado en la mano, mirando a la cámara con una expresión seria, casi adulta. Daniel la había guardado en el teléfono sin decir nada.

Después del café hicieron un recorrido por el apartamento. Era un piso de tres habitaciones en un edificio de los años setenta, con la fontanería ruidosa y las ventanas que no cerraban del todo. Daniel sabía que el tercer cajón de la cómoda del pasillo era el que costaba abrir, que la ducha tardaba dos minutos en calentar el agua, que había una mancha en el techo del baño que su madre nunca había mandado arreglar.

Martín lo miraba todo como quien visita un lugar que recuerda haber soñado.

En el dormitorio de su madre, la cama estaba hecha con una precisión que no era la de ella, que nunca había sido ordenada con las almohadas. Daniel pensó que quizás había sido él mismo quien la había hecho, pero no lo recordaba.

– Hay que llamar a una empresa de mudanzas – dijo Martín.

– Tengo un número. Un compañero del trabajo. ¿Los llamo yo?

– Llama tú.

Martín abrió el armario. La ropa de su madre colgaba en orden; los vestidos a un lado, las blusas al otro. Olía a ese perfume suyo, un olor limpio y viejo al mismo tiempo, como ropa guardada con una pastilla de jabón. Martín se quedó un momento con la mano en la puerta del armario sin hacer nada. Luego la cerró.

– Voy a ducharme – dijo –. Si me dejas.

– Es tu casa – dijo Daniel, y luego no supo bien qué había querido decir con eso.

Esa noche pidieron pizza. Comieron en la mesa del salón, sobre la misma mantelería de hule con flores azules que su madre había comprado en un mercadillo hacía quince años. Martín sirvió dos cervezas que había traído en la maleta, envueltas en ropa para que no se golpearan.

– ¿Qué hacemos con los muebles? – preguntó Martín.

– Algunos se pueden vender. Otros a la basura.

– ¿Y el sofá?

– Si lo quieres, te lo llevas. Si no, a la basura.

Martín miró el sofá. Era verde oscuro, de tela, con los brazos un poco gastados. En ese sofá habían visto los dos juntos el mundial del noventa y cuatro. En ese sofá su madre se había dormido miles de veces con el televisor encendido.

– No tengo sitio – dijo Martín.

– Entonces a la basura.

Daniel recogió las cajas de pizza. Martín bajó al contenedor. Cuando volvió a subir, Daniel estaba en la entrada con el abrigo puesto.

– Me voy a casa. Mañana a las nueve.

– A las nueve.

– Hay sábanas limpias en el armario del pasillo. El tercero desde arriba.

Martín asintió. Daniel salió. Esperó el ascensor y pensó que Martín estaría mirando los imanes de la nevera, o la ropa en el armario, o quizás había vuelto a encender el televisor. El ascensor llegó. Daniel bajó.

Día dos

Llovía. Martín había hecho café y encontrado en la despensa una caja de galletas que aún no había caducado. Las pusieron en un plato y desayunaron sin mucho ruido, mirando la lluvia en la ventana del patio.

– ¿Dormiste bien? – preguntó Daniel.

– Regular. La cama hace ruido.

– Siempre hizo ruido.

– Ya me acordé.

Empezaron por la cocina. Daniel había traído cajas de cartón y rollos de cinta. Vaciaron los armarios con un método que ninguno había propuesto pero que los dos adoptaron al mismo tiempo: lo que servía en una caja, lo que no en una bolsa de basura. Los tuppers sin tapa a la basura. Los vasos buenos a la caja. Las especias vencidas a la basura. La vajilla de los domingos a la caja.

Fue Martín quien encontró la lista.

Estaba pegada con un imán a la parte interior del armario de la comida, escrita en el reverso de un sobre. Ponía: *leche, pan, yogures, fruta, pastillas tensión, llamar a Carmen, pastillas tensión* –escrito dos veces, como si hubiera tenido miedo de olvidarlo–, *bombilla baño.*

La bombilla del baño había estado fundida hasta que Daniel la cambió en octubre. Su madre nunca había tachado el recordatorio.

Martín leyó la lista y la dejó sobre la encimera. Daniel la miró, pero no la tocó. Siguieron trabajando.

A mediodía pararon. El mando del televisor seguía entre los cojines del sofá, exactamente donde Martín lo había dejado el primer día. Daniel lo miró desde la cocina y fue a buscar su abrigo.

– Salgo a por bocadillos. ¿De qué los quieres?

– Lo que haya.

– ¿De qué los quieres, Martín?

Una pausa breve.

– De jamón. Sin tomate.

Daniel bajó a la calle. Tardó más de lo necesario. En el portal se cruzó con el mismo chico del patio, que subía las escaleras de dos en dos. Llevaba una bolsa del supermercado en una mano y el teléfono en la otra, con la pantalla encendida en una conversación que no había terminado de escribir. Tenía la misma forma de inclinar la cabeza que Daniel reconoció sin querer. No se saludaron. Ya en la calle, camino a la panadería, Daniel sacó su propio teléfono. Tenía un mensaje a medio escribir para Martín, de hacía meses, que nunca había enviado. No recordaba haber visto nunca a ese chico en el edificio.

Cuando volvió, Martín estaba en el pasillo con una bolsa de basura en cada mano y la cara de alguien que ha estado llorando o que ha decidido no hacerlo. Daniel dejó los bocadillos en la mesa y no dijo nada.

Comieron sentados en los mismos sitios de siempre, los mismos que habían ocupado desde niños.

– ¿Te acuerdas del verano que se rompió el aire acondicionado? – dijo Martín –. Cuando teníamos doce y catorce. Dormimos todo agosto en el salón, en el suelo con los sacos de dormir.

– Me acuerdo.

Martín esperó un momento, como si hubiera querido que Daniel dijera algo más. Daniel no dijo nada más. Fuera seguía lloviendo y las galletas estaban todavía en el plato sin que ninguno las hubiera tocado después del desayuno.

Se acordaba también de otras cosas de ese verano que no mencionó. Martín tampoco las mencionó. Eso era lo que tenían: una lista compartida de cosas que ninguno de los dos nombraba nunca, que había crecido durante siete años hasta volverse tan larga que ya no sabían bien por dónde empezaba.

Terminaron los bocadillos. Martín fue al cuarto de su madre a seguir con la ropa. Daniel lo escuchó desde la cocina, el sonido de las perchas al moverse, los cajones al abrirse. Tenía la opción de ir a ayudarle y eligió no ir. Eso era todo: una elección, pequeña y deliberada, como todas las que habían ido tomando los dos durante años, cada una insignificante por sí sola.

Fue al cuarto que había sido el suyo de niño y que su madre había convertido en una habitación de invitados. En la estantería había tres fotografías enmarcadas. Una de los dos de niños, en la playa, con los ojos entrecerrados por el sol. Una de su madre joven, antes de casarse. Y una de los cuatro juntos en una navidad de la que Daniel no guardaba ningún recuerdo claro, solo la imagen fija de esa fotografía: su padre con el brazo sobre los hombros de Martín, su madre mirando a la cámara, él mismo en el borde del encuadre, medio girado, como si estuviera a punto de salir.

Descolgó las tres y las metió en una caja sin enseñárselas a Martín.

A las cinco, Martín lo llamó desde el dormitorio.

– Ven un momento.

Tenía un libro en la mano. Una novela con una página doblada en la esquina, más o menos por la mitad.

– Lo estaba leyendo – dijo Martín.

– ¿Lo guardamos?

– No lo voy a leer yo.

– Entonces a la caja de donaciones.

Martín lo dejó sobre la cama. Los dos miraron el libro un momento, la esquina doblada, la cubierta rozada de haberlo abierto y cerrado muchas veces.

– No sabemos en qué página estaba – dijo Martín.

– No.

– Si alguien lo lee, no va a saber por dónde iba ella.

– No – dijo Daniel –. No va a saber.

Martín puso el libro en la caja de donaciones.

Esa noche Daniel encontró en la nevera huevos y un poco de queso e hizo una tortilla que comieron en el salón con el televisor encendido, un telediario que ninguno escuchaba del todo, las imágenes pasando como fondo. Martín preguntó por la empresa de mudanzas. A las diez, dijo Daniel, y recogió los platos. Martín apagó el televisor.

El silencio que quedó era distinto: no más ligero, pero sí más conocido, como el silencio de dos personas que han estado en el mismo cuarto durante muchos años y han aprendido a no llenarlo todo.

Día tres

La empresa llegó a las diez y cuarto. Eran dos hombres con un furgón blanco que trabajaban rápido y sin hacer preguntas. A las doce y media habían terminado con los muebles principales. Quedaban perchas sueltas, un paragüero, una alfombra enrollada en el pasillo, la bombona de butano en la cocina.

Daniel fue al dormitorio, vacío ya salvo por la mesilla de noche y la cama. Abrió el cajón de la mesilla. Dentro había lo que siempre hay: un paquete de pañuelos, unas pastillas sueltas, un bolígrafo sin capucha, una estampita de las que dan en los funerales, aunque su madre no había sido especialmente religiosa.

Y una agenda.

Era pequeña, de tapa dura azul, del año anterior. Daniel la abrió. Su madre había usado solo algunas páginas: citas médicas, cumpleaños de los nietos, recordatorios de recibos. En diciembre una nota que decía *llamar a la gestoría* con un asterisco al lado.

En la última página, reservada para notas, su madre había escrito dos nombres.

Daniel.

Martín.

Solo eso. Los dos nombres, uno debajo del otro, sin fecha ni explicación. La letra era firme, no la letra temblorosa de los últimos meses. Lo había escrito hacía tiempo, en algún momento que ninguno de los dos conocería nunca, por una razón que tampoco conocerían: si para

recordar que los tenía, o para recordar algo que quería decirles, o simplemente porque a veces una persona escribe los nombres de sus hijos como quien comprueba que todavía existen.

Daniel se quedó mirando la página.

Escuchó a Martín en el pasillo.

Cerró la agenda y la metió en el bolsillo interior de su chaqueta. Recogió también la lista del sobre de la encimera, que seguía allí desde el día anterior. La dobló y la guardó con la agenda.

No sabía por qué guardaba las dos cosas. No se lo preguntó.

Hicieron una última vuelta. Comprobaron ventanas, grifos, armarios. En la entrada, Martín cogió su maleta. Daniel llevaba solo su bolsa.

– Llámame cuando llegues – dijo Daniel.

– Te llamo.

– Y manda fotos de Sofía.

Martín lo miró un momento.

– Te las mando – dijo.

Daniel sacó las llaves del apartamento y las dejó en el colgador de llaves de la entrada, ese gancho de madera con forma de ancla que su madre había comprado en un viaje a la costa. Martín hizo lo mismo con su llave. Las dos llaves juntas.

Bajaron en el ascensor sin hablar. En el portal, la lluvia de la noche anterior había dejado el suelo mojado. Martín levantó el cuello de la chaqueta.

Se dieron la mano.

Martín tiró de su maleta hacia el aparcamiento. Daniel salió a la calle y echó a andar. El chico del portal estaba otra vez en el escalón de abajo, sin auriculares esta vez, mirando la calle como se mira una calle cuando no se tiene adónde ir. A su lado había otro más joven, parecido a él, quizás su hermano. No se hablaban. Estaban sentados juntos y en silencio, con esa distancia rígida de las personas que comparten algo que no saben cómo nombrar.

Daniel los miró un momento sin detenerse. Pensó que si volvía la vista atrás no los encontraría.

No volvió la vista atrás.

A los pocos pasos metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

Notó la agenda.

Notó los nombres escritos por su madre con letra firme, aunque no podía verlos, aunque estaba en la calle y la agenda estaba cerrada en su bolsillo. Los notó de todas formas, como se notan las cosas que uno lleva encima y que pesan de una manera que no tiene que ver con el peso.

Siguió caminando.